

misma que saben sin embargo de la emoción y de las lágrimas.

En «Coirón» alientan las virtudes de la raza, insinuadas con sabiduría. El amor del chileno a su gleba generosa. Amor tranquilo, sin exhibicionismo ni gritos destemplados. Amor de hoguera suave que durará lo que dure la vida.

Con muy bien termina Mariano Latorre su prólogo a esta novela maestra de Daniel Belmar, prólogo magnífico y merecido, «Coirón» hace de un rincón de América un sitio universal, donde la epopeya (agrego yo) de unos nombres solitarios se desgrana olvidada, desconocida, ahogada por las distancias de esas tierras de «horizontes sumergidos».—RAÚL GONZÁLEZ LABBÉ.

Rancagua, julio de 1951.



«TÍA EULALIA», novela de *Chela Reyes*

Cuando los entendidos hablan del grado de superación alcanzado por las mujeres en la novela chilena, opuesta al escaso relieve de su labor poética—exceptuando a Gabriela—piensan, sin duda, en María Luisa Bombal, en Marta Brunet y Chela Reyes, como exponentes supremos de esta florecencia.

Pertenecen a la última, o penúltima, generación y, por lo menos en lo que atañe a la calidad, siguen las huellas de sus ilustres precursoras.

En lo demás, han hecho lo posible para renovarse y han logrado personalidades originales y definidas, cifrando su empeño en la conquista de una expresión elaborada, honda, ligera y densa a la vez.

Para entendernos mejor y juzgar más directamente a la autora de «Tía Eulalia», separémosla del grupo y analicemos su aspecto particular.

Las mujeres, habitualmente, no tienden a la síntesis, son difusas y algo amaneradas al hablar o al escribir. Parece que su instinto o su falta de instinto literario, las llevara a la dispersión de sus conceptos, de sus sentimientos y palabras. En literatura, como en sus actos, son escasamente definidas, no saben, a ciencia cierta, lo que quieren.

Chela Reyes constituye la excepción; una M de las excepciones.

Las otras se dejan arrastrar por el automatismo. Suponen que así entregarán más puros y frescos sus sueños.

Chela tiene la ocurrencia de escribir con los ojos abiertos, en plena lucidez mental. Paradojalmente, el resultado es etéreo y tan parecido a la inspiración en su estado de nacencia, que M palabras o, mejor MM dicho, las letras se disuelven transformándose en cálidas sensaciones. despojadas de envoltura corpórea, tal como surgieron en el alma de la mujer.

Según Milosz, número perfecto es que borra hasta la idea de contar. Una prosa cabal sería la que borra hasta la idea de literatura. Ello requiere ejercicio tenaz, buen gusto y arte a los que la generalidad de quienes presumen de escritores renuncian.

Dígase lo que se quiera: lo efectivo e indiscutible es que la espontaneidad no es la verdad. Al primer movimiento o primera tentativa de expresarse, afluye el causal informe, turbio y terogéneo, yacente en lo interior de nosotros. De ese material, ¿qué es lo realmente propio; dónde está lo asimilado y dónde lo postizo, lo ajeno a nuestro ser y a nuestra vida;

cómo distinguir entre lo que ya se ha hecho consustancial a nuestro espíritu y lo que se encuentra sólo de visita, lo transeúnte?

El joyero, a medida que golpea la piedra, va buscando en ella el diamante, bota la escoria, lo inerte, lo opaco y atisca, con paciencia, los fulgores inequívocos, netos, aquilatados y sólidos de la gema. Quien no realiza en literatura esta misma operación, ¿podrá tener derecho a darse el significativo y exigente título de *autor*?

Observada a través de estos preceptos, la obra de Chela Reyes, advertimos MM su oído atento a la palpitación interna; la vemos filtrar su trabajo en fino tamiz para que no se escurra nada impropio o que no sea convertible en el oro de su auténtico sentir. Explora «las tierras reconquistadas al olvido»; pero no le basta con que un recuerdo acuda solícito a los bordes de su pluma. Tiene, además, que significar algo. Y entre una y otra cosa provista de significado, prefiere la más real, la más fiel y la mejor adherida y enraizada a su mundo espiritual. De esta manera moldea el *substratum* de su personalidad, pesa en onzas la joyería de su obra que la contiene sustancialmente a ella.—G. L. G.